

JOSE ASUNCION SILVA

Cuando don Hernando Martínez, colector de los escritos en verso y en prosa de José Asunción Silva, me escribió pidiéndome para ellos un prólogo, le contesté no solo aceptándolo, sino dándole las gracias por el encargo. Me parecía poder decir muchas cosas sobre el dulce poeta bogotano. Y me parecía poder decir las porque en las lontananzas de mi memoria, entre rumor de hojas secas, susurraban retazos de sus cantos. Su letra se me había volado, pero me quedaban su música íntima, su música silenciosa, música de alas.

Más ahora, con la blancura del papel delante, encuentro tan en blanco como él mi espíritu y apenas se por donde empezar. Cómo reducir a ideas una poesía pura, en que las palabras se adelgazan y ahilan y esfuman hasta convertirse en nube que la brisa del sentimiento arremolina y hace rodar bajo el sol, que en su colmo la blanquea y en su puesta la dora? Porque aquí hay versos blancos de melodía y rojos de atardecer; más rojos que blancos.

Comentar a Silva es algo así como ir diciendo a un auditorio de las sinfonías de Beethoven lo que va pasando según las notas resbalan a sus oídos. Cada cual vierte en ellas sus propios pesares, querer y sentires.

Lo primero, ¿qué dice Silva? Silva no puede decirse que diga cosa alguna; Silva canta. ¿Y qué canta? He aquí una pregunta a la que no es fácil contestar desde luego. Silva canta como un pájaro, pero un pájaro triste, que siente el advenimiento de la muerte a la hora en que se acuesta el sol.

*El verso es vaso santo, poned en él tan solo  
un pensamiento puro.*

Y puros, purísimos son por lo común los pensamientos que Silva puso en sus versos. Tan puros que como tales pensamientos no pocas veces se diluyen en la música interior, en el ritmo. Son un mero soporte de sentimientos.

Y cuando estos pensamientos se acusan, cuando resalta de relieve el elemento conceptual de Silva, es cuando Silva me gusta menos. Su melancolía, su desesperación no son melancolía y desesperación reflexivas,

como eran las de Antero de Quental, que, como Silva, se abrió por su mano las puertas de las tinieblas soterrañas. El portugués pensó su huida; el colombiano la sintió.

Y gusto de Silva además porque fue el primero en llevar a la poesía hispanoamericana, y con ella a la española, ciertos tonos y ciertos aires que después se han puesto en moda, degradándose.

“Todos los hegelianos han sido tontos menos Hegel”, suele decir un amigo mío, y aun cuando no esté del todo conforme con el aforismo, reconozco su gran fondo de verdad.

No se bien qué es eso de los modernistas y el modernismo, pues llaman así a cosas tan diversas y hasta opuestas entre sí, que no hay modo de reducirlas a una común categoría. No se lo que es el modernismo literario; pero en muchos de los llamados modernistas, en los más de ellos, encuentro cosas que encontré antes en Silva. Solo que en Silva me deleitan y en ellos me hastían y enfadan.

Y es que uno dice una cosa y con ella ilumina o calienta a sus hermanos; la repite otro y los deja a oscuras y fríos. La idea es la misma; se le apagaron fuego y luz al pasar de uno a otro, y de brasa ardiente y luciente que era se quedó en carbón frío y oscuro.

Y no es que la originalidad de Silva esté ni en sus pensamientos ni en el modo de expresarlos; no está ni en su fondo ni en su forma. ¿Dónde entonces?, se me preguntará. En algo más sutil y a la vez más íntimo que una y otro, en algo que los une y acuerda, en una cierta armonía que informa el fondo y ahonda la forma, en el tono, o si queréis, en el ritmo interior.

En el ritmo interior, digo, y no en el ritmo meramente acústico de sus versos; no en el sonsonete más o menos brisador en que cifran su afán tantos versificadores que aspiran a poetas. La población que ha conservado tal vez más que música de Silva es música de alas, casi silenciosa, o sin casi.

Y ello cuando Silva dejó que su mano corriera sobre el papel al empuje del sentimiento, no cuando la refrenó y, puesta la vista en la técnica —y en una técnica extraña y pegadiza—, urdió versos como aquellos alejandrinos pareados de Un poema.

\* \* \*

¿Y este hombre será olvidado? Me lo hace temer su delicadeza misma, su delicadeza interior. Porque también está olvidado el poeta español que más me lo recuerda, el dulcísimo y delicadísimo Vicente Wenceslao Querol. Leed las Rimas de Querol y decidme luego si las Vejeces de Silva no es un poema queroliano. Y a Querol le han ahogado trompeterías de clarines y guitarreos de serenata morisca, amén de virtuosismos de bandolina de café-concierto.

Y este Silva, como aquel Querol, como todo poeta de raíz, tenía su infancia a flor de alma. Porque un poeta qué es sino un hombre que ve el

mundo con corazón de niño y cuya mira infantil, a fuerza de pureza, penetra a las entrañas de las cosas pasaderas y de las permanentes? Leed la poesía de Silva Infancia, leed la carta de Querol a sus hermanas, o aquella maravilla de sentimiento que llama Ausente. Y era acaso esta santa permanencia de la infancia en su alma lo que le hacía soñar a Silva el reposo eterno de allende la tumba. Cuanto más largo son hacia atrás nuestros recuerdos y más dulces, más largos y más dulces son hacia adelante nuestras esperanzas. Es la brisa que nos viene de más atrás de nuestro primer vagido, de más allá, hacia ayer, de nuestro nacimiento, la que nos trae recuerdos que, convertidos en esperanzas al pasar sobre nuestro corazón, van, con la brisa misma, brisa de eternidad y de misterio, más adelante de nuestro último suspiro, más allá, hacia el mañana de nuestra muerte. El amor a la infancia y el amor a la muerte se abrazan en Silva, y ¿quién lo sabe? —solo Dios— tal vez se cortó la vida por no poder seguir siendo niño en ella. Y

*al dejar la prisión que las encierra,  
¿qué encontrarán las almas?*

Preguntemos más bien: ¿qué dejarán las almas?

La de Silva nos dejó estos cantos.

¿Y qué encontró allá?

*¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras  
de las almas!*

*¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas y  
de lágrimas!*

Este hombre cantó lo que ya no era o lo que aún no era, el pasado o el porvenir, y en las cosas viejas, tristes, desteñidas, sin voz y sin color, que saben secretos de las épocas muertas, de las vidas que ya nadie conserva en la memoria, buscó acaso el secreto del mañana que fue a buscar con anhelo al dejar, con voluntaria resolución, esta morada de paso y de aflicciones. Y se hundió en la naturaleza:

*Cuna y sepulcro eterno de las cosas...*

¿Lo veis? ¿Veis cómo une una vez más la cuna con el sepulcro? ¿Veis cómo lleva su infancia como ofrenda a la muerte?

¿Encontró la llave del misterio? ¿Leyó el sino en el fondo de las pupilas inmóviles de la eterna Esfinge?

*¡Estrellas, luces, pensativas!*

*¡Estrellas, pupilas inciertas!*

*¿Por qué os calláis si estáis vivas,*

*y por qué alumbráis si estáis muertas?*

\* \* \*

Murió José Asunción Silva en Bogotá, su pueblo natal, despojándose por libre albedrío de la vida, el 24 de mayo de 1896, a los treinta y un años, cinco meses y veintisiete días de edad.

Días antes, pretextando consultarse sobre una enfermedad, hizo que el médico le dibujara en la ropa interior el corazón, por el que vivía y por el que iba a morir. Metió en él una bala. La noche antes leyó, como de costumbre, en la cama. Dejó el libro abierto, como para continuar la lectura. Era una mañana de domingo; su familia, en tanto, asistía a los oficios religiosos del culto católico, a rogar por los vivos y los muertos.

Dos o tres años antes había muerto su hermana Elvira, llevando a la tumba aromas de la común infancia y dejándole soledades. No pudo José Asunción conformarse con el hado. El Nocturno —¿qué historia habrá dentro de él?— fue su adiós a la vida. Iba allá donde acaso las sombras de las almas se juntan en una y hacen una sola sombra larga, muy larga, infinita, eterna, una sombra tal vez radiante de luz.

¿Qué hizo en su vida? Sufrir, soñar, cantar. ¿Os parece poco? Sufrir, soñar, cantar y meditar el misterio.

Porque el misterio da vida a los mejores de sus cantos, y persiguiendo el misterio se cansó del camino de la tierra. Persiguiendo el misterio y tratando de encerrar en sus estrofas las pálidas cosas que sonríen, de aprisionar en el verso los fantasmas grises según iban pasando, como nos lo dice él mismo.

Fue una vida de soñador y de poeta, y de Silva cabe decir que es el poeta puro, sin mezcla ni aleación de otra cosa alguna. Y el mundo le rompió con el sueño la vida.

Murió de muerte; murió de tristeza, de ansiedad, de anhelo, de desencanto; murió tal vez para reconocer cuanto antes el secreto de la muerte y de la vida.

Se lo preguntó muchas veces, “arrodillado y trémulo”, a la tierra, aguardando en las soledades de ella la respuesta, y

*la tierra, casi siempre displicente y callada,  
al gran poeta lírico no le contestó nada.*

Y como nada le contestase la tierra, bajó en busca de contestación a su seno, cuna y sepulcro de cuanto vive, adonde duerme “lo que fue y ya no existe”, a dormir a sus anchas —¿sabedor acaso ya del enigma?—.

*en una angosta sepultura fría,  
lejos del mundo y de la vida loca,  
en un negro ataúd de cuatro planchas  
con un montón de tierra entre la boca.*

Y murió también de hambre. De hambre, sí; de hambre de saber sabiduría sustancial y eterna. Murió del mal del siglo, de un desaliento de la vida que en lo íntimo de él arraigó, del “mismo mal de Werther, de Rolla, de Manfredo y de Leopardi”.

*un cansancio de todo, un absoluto  
desprecio por lo humano..., un incesante  
renegar de lo vil de la existencia*

*digno de mi maestro Schopenhauer,  
un malestar profundo que se aumenta  
con todas las torturas del análisis.*

Y para este terrible mal le recetaron los doctores madrugar, dormir largo, beber bien, comer bien, cuidarse, diciéndole que lo que tenía era hambre. (Véase El mal del siglo). Y hambre era en verdad, hambre de eternidad.

\* \* \*

Tal es la nota profunda de los cantos de Silva, el que se despojó por propia mano de la carga del vivir. Todas las demás son a modo de acordes o armónicas de ella. Y entre estas la nota erótica o, más bien amorosa, en cuanto se trate de amor a mujer.

Silva no es un poeta erótico, como no lo es, en rigor, ninguno de los más grandes poetas. Y estos grandes poetas, que no han hecho el amor a mujer ni el único ni siquiera el central sentimiento de la vida, son los que con más fuerza y originalidad y más intensidad de sentimiento han cantado el amor ese.

Se ha dicho que para aquellos que aman poco —a mujer, se entiende—, ese amor les llena casi toda la vida, mientras que en aquellos que aman mucho, el amor es una cosa subordinada y secundaria. Y no es paradoja, sino cuestión de capacidad espiritual. Este puede amar triple que aquel, y, sin embargo, no ocuparle el amor sino un tercio y en el otro dos tercios.

El amor de Silva, como en Werther, como en Manfredo, como en Leopardi, era un modo de dar pábulo a otros sentimientos; en el amor buscó —estoy de ello seguro— la respuesta de la Esfinge. Silva, en sus versos al menos, no se nos aparece un sensual, mucho menos un carnal. Es en ellos casto, castísimo.

No hay rostro en él de esa peste de la carnalidad que no solo mancha, sino arramplona y vulgariza las poesías de tantos de los que le han seguido.

Junto al eterno misterio, ¿qué es una noche de placer? A lo sumo un modo de acallar el susurro de él, y Silva no trató de acallararlo sino al despojarse de la vida.

Los jóvenes cuando salen de la infancia y antes de entrar en la virilidad, en esa edad indecisa y ambigua en que se dejó ya de ser niño y aún no se es hombre, se imaginan que los ojos de la novia son las estrellas mellizas en torno de las cuales gira sumiso el universo todo. Y llegan a creerse que todo arte y toda poesía se encienden no más que en la luz de esos ojos. Y, sin embargo, no es la hermosura de Helena, sino la ira de Aquiles, el centro de la Iliada; ni es, en rigor, Beatriz más que un pretexto para la Divina Comedia, ni es el amor el quicio cardinal único de las tragedias de Shakespeare, ni Dulcinea es más que un fantasma en el Quijote, ni Margarita otra cosa que un episodio en el Fausto.

Cuando en la literatura de un pueblo se da en cantar ante todo y sobre todo a la mujer por sí misma, es que ese pueblo está enervándose y rebajándose hasta en el amor.

Y Silva parece como si no pasara por esa edad indecisa y ambigua en que sin serse ya niño no se es tampoco aún hombre, sino que su infancia, de la que tan dulces recuerdos cantan en sus cantos, se prolongó en su edad madura. ¿Madura? Cortó la madurez al sentir acaso que le ahogaba el verdor, al sentir, como Leopardi, que estamos despojando del verde a toda cosa.

Fue en rigor, la tortura metafísica la que mató a Silva.

Silva, de una manera balbuciente y primitiva, con un cierto candor y sencillez infantiles, es un poeta metafísico, aunque haya estetas impenitentes que se horroricen de verme ayuntar esos dos términos. Silva me parece un niño grande que se asoma al brocal del eterno misterio, da en él una voz y se sobrecoge de sagrado terror religioso al recibir el eco de ella prologando al infinito y perdiéndose en lontananzas ultracósmicas, en el silencio de las últimas estrellas.

\* \* \*

Y este hombre, ¿dónde se hizo? En Bogotá, en el fondo de Colombia, lejos del tumulto de las grandes avenidas de los pueblos, en un remanso, que aunque no sin sus tempestades interiores, se mantiene aparte de nuestras tormentas de más estrépito que sustancia.

Esa remota Colombia, a la que conocemos sobre todo por la María, de Jorge Isaacs, es para muchos de los que volvemos ojos inquisitivos a la América española un país de encanto. No ha mucho volvía yo a visitarlo en una novela de Tomás Carrasquilla y me parecía volver a la España campesina de hace unos siglos.

Bogotá —me lo han dicho los que la conocen— da la impresión de una ciudad antigua española, con su reposo cantado por el campaneó de los conventos. Para llegar a ella desde cualquier punto de la costa se necesitan varios días, parte de navegación fluvial, de jornadas en diligencia o caballería. Y para ir de unas a otras capitales, largos viajes también, por escasear los medios rápidos de traslado.

Una población escasa, diseminada en un vasto territorio a donde no llegan las oleadas de emigrantes que inundan otras tierras americanas, una población que ha conservado como ninguna otra de la América española las tradiciones y sentimientos de la apasible colonia. Su lengua, el castellano que se habla y escribe en Colombia, es el que más dejos de casticismo tiene para nosotros; conserva ciertas voces y giros arcaicos que aquí van desapareciendo. Al leer novelas y relatos, sobre todo de la región antioqueña, en el corazón de los Andes, de Carrasquilla, de Latorre, de Rendón, me ha parecido verme transportado a rincones de una España que solo fue o está yéndose.

En estas tierras, tan favorables para el arte y la poesía, las novedades europeas llegan, pero llegan despacio y llegan, acaso, tamizadas. De

nosotros conocen las obras ,no los hombres, es decir, lo mejor. Cuando va a dar a sus manos el último número de la última revista o el libro reciente, ya no huele a tinta fresca de imprimir.

Su vida social y política interior transcurre con una cierta relativa independencia de los movimientos que, a la vez que agitan, encadenan las historias de nuestros respectivos pueblos y es una vida que tiene, por tanto, su sello propio. Un sello que a los españoles nos resulta conocido. Cuando leí los recuerdos de la última guerra civil de allá de Max Grillo, resurgían a mi mente los recuerdos de nuestra última guerra civil carlista. No pueden darse dos cosas más parecidas. Y allí parece presentarse el que llamamos problema religioso con los mismos caracteres con que aquí se presenta, y lo mismo que aquí creo que allí se presenta el fenómeno del paso de aquella sociedad recogida y patriarcal, pero timorata y tal vez gazmoña e hipócrita, a otra sociedad más batida y aireada a soplos de las hojas todas de las rosas de los vientos del espíritu.

Me imagino, creo que bien, lo que fuera una familia y la vida familiar en el seno de aquella sociedad en los tiempos en que Silva abría su alma al mundo, que son casi los mismos, con diferencia de solo cuatro años, en que yo abrí la mía en un ambiente que estimo no muy distinto del suyo. Y me imagino los vagabundeos del espíritu del poeta en la quietud tranquila de la vida bogotana, en los días iguales.

Digo en los días iguales, porque a los que hemos nacido y vivido en estas latitudes de largos días de verano y largas noches de invierno, de este acortarse y alargarse las jornadas de sol, cambio que pone una cierta novedad, siempre vieja, en el curso de nuestra vida, cambio que distribuye nuestro régimen, a nosotros nos es difícil representarnos lo que esa isócrona repartición del día y de la noche, lo que ese ritmo acompasado y siempre de la luz y las tinieblas —como balance de un péndulo— ha de influir en el ánimo. Un poeta colombiano no puede decirse como un poeta escocés que el crepúsculo de la puesta se abraza con el del alba con la breve ausencia del sol. La noche de San Juan ni la de Navidad pueden tener allí el sentido que aquí tienen, porque la naturaleza no sirve a la tradición que llevaron los colonos, aunque la tradición perdure.

Pero esta monotonía, este ritmo pendular de los días y las noches, trae consigo una eterna primavera, una apacibilidad constante. No se brian y duermen en ellas las eternas inquietudes? Y cuando se despiertan, ¿no lo hacen acaso con cierto sobresalto, en la apacible y monótona procesión de los días y los meses?

No es difícil, repito, a los que hemos nacido, nos hemos criado y vivimos en zonas de invierno de largas noches y nieves, de verano de largos días y bochornos, que esperamos en cada estación la venidera y según sus vicisitudes arreglamos nuestras ocupaciones, nos es difícil imaginarnos la impresión que esa constancia de la naturaleza ha de imprimir en el espíritu.

Algo de esta impresión puede rastrearse, creo, en el ritmo pendular de los versos de Silva, en la marcha sosegada de sus estrofas, por dentro de las cuales circula la tristeza monótona del eterno sucederse de los días

iguales de una inalterable primavera. ¿Hay acaso, a la larga, nada más triste que la eterna e imperturbable sonrisa de la tierra? ¿Hay nada más enigmático, nada más esfíngico?

\* \* \*

Después de todas estas reflexiones que he ido dejando caer de mi espíritu, lleno de las dulces resonancias de los cantos de Silva y ungido con la unción de su poesía, pensé en un principio hablar de cosas técnicas, de la factura del verso, de su música para el oído carnal, de otras cosillas análogas. Pero ahora me doy cuenta de que no es de este lugar.

Eso solo importa a los profesionales, y no es a estos a quienes ahora me dirijo. No quiero degradar la memoria de Silva tratándole como a un virtuoso de la literatura en verso. Todas las disputas de escuelas, de conventículos y de cotarros pasarán; pasarán los que creyeron conquistar un puesto en el Parnaso por haberse dejado llevar de la rutina de mañana, despreciando la de ayer; pasará el vocerío de los jóvenes profesionales —de esos que hacen de la juventud profesión llamándose a sí mismos con ridícula petulancia “nosotros los jóvenes”—; pasarán las caramilladas hueras; pasará el pseudo-paganismo afrancesado, pasará... y quedará Silva, que clavó sus ojos en los ojos de la eterna Esfinge y bañó su corazón en el lago —lago de terrible quietud y calma de sobrehaz— de las perdurables e imperecederas inquietudes. Y quedará, además, porque esas inquietudes eternas las cantó como un niño, con simplicidad, porque el tuétano de sus sentimientos no va ligado a formas de escuela filosófica alguna. Silva volvió a descubrir lo que hace siglos estaba descubierto, hizo propias y nuevas las ideas comunes y viejas. Para Silva fue nuevo bajo el sol el misterio de la vida; gustó, creó, el estupor de Adán al encontrarse arrojado del paraíso; gustó el dolor paradisiaco.

Y Silva será un día orgullo de esta nuestra casta hispánica, que le produjo allá, en el sosiego primaveral de la jugosa Colombia, en el remanso Bogotá. ¿Quién sabe si cuando claman al cielo las lenguas bronceadas de sus campanarios no se unen a su canto los cantos de José Asunción Silva como un entrañable miserere?

Miserere, Domine: Compadécete, Señor, de tu siervo y concédele la dulce paz de la infancia, por la que tanto suspiró en los cantos que Tú le inspiraste.

Salamanca, marzo de 1918.

#### INFANCIA

*Con el recuerdo vago de las cosas  
Que embellecen el tiempo y la distancia,  
Retornan a las almas cariñosas  
Cual bandada de blancas mariposas,  
Los plácidos recuerdos de la infancia.*



*¡Caperucita, Barba Azul, pequeños  
Liliputienses; Gulliver gigante  
Que flotáis en las brumas de los sueños,  
Aquí tended las alas,  
Que yo con alegría  
Llamaré para haceros compañía  
Al Ratoncito Pérez y a Urdimalas!*

*¡Edad feliz! Seguir con vivos ojos  
Donde la idea brilla,  
De la maestra la cansada mano,  
Sobre los grandes caracteres rojos  
De la rota cartilla,  
Donde el esbozo de un bosquejo vago,  
Fruto de instantes de infantil despecho,  
Las separadas letras juntas puso  
Bajo la sombra de impasible techo.*

*En alas de la brisa  
Del luminoso Agosto, blanca, inquieta,  
A la región de las errantes nubes  
Hacer que se levante la cometa  
En húmeda mañana;  
Con el vestido nuevo hecho jirones,*

*En las ramas gomosas del cerezo  
El nido sorprender de copetones;  
Escuchar de la abuela  
Las sencillas historias peregrinas;  
Perseguir las errantes golondrinas,  
Abandonar la escuela  
Y organizar horrisona batalla  
En donde hacen las piedras de metralla  
Y el ajado pañuelo de bandera;  
Componer el pesebre  
De los silos del monte levantados;  
Tras el largo paseo bullicioso  
Traer la grama leve,  
Los corales, el musgo codiciado.*

*Y en extraños paisajes peregrinos  
Y perspectivas nunca imaginadas,  
Hacer de áureas arenas los caminos  
Y de talco brillante las cascadas.*

*Los Reyes colocar en la colina  
Y colgada del techo  
La estrella que sus pasos encamina,  
Y en el portal el Niño-Dios riente  
Sobre mullido lecho  
De musgo gris y verdceino helecho.*

*Alma blanca, mejillas sonrosadas,  
Cutis de níveo armiño,  
Cabellera de oro,  
Ojos vivos de plácidas miradas,  
¡Cuán bello hacéis al inocente niño!*

*Infancia, valle ameno,  
De calma y de frescura bendecida  
Donde es suave el rayo  
Del sol que abrasa el resto de la vida.  
Cómo es de santa tu inocencia pura,  
Cómo tus breves dichas transitorias,  
Cómo es de dulce en horas de amargura  
Dirigir al pasado la mirada  
¡Y evocar tus memorias!*

#### LOS MADEROS DE SAN JUAN

*¡Aserrín!*

*¡Aserrán!*

*Los maderos de San Juan,  
Piden queso, piden pan,  
Los de Roque  
Alfandoque,  
Los de Rique  
Alfeñique  
¡Los de triqui, triqui trán!*

*Y en las rodillas duras y firmes de la Abuela,  
Con movimiento rítmico se balancea el niño  
Y ambos agitados y trémulos están,  
La Abuela se sonríe con maternal cariño  
Mas cruza por su espíritu como un temor extraño  
Por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño  
Los días ignorados del nieto guardarán.*

*Los maderos de San Juan  
Piden queso, piden pan.  
¡Triqui, triqui,  
triqui trán!*

*Esas arrugas hondas recuerdan una historia  
De sufrimientos largos y silenciosa angustia  
Y sus cabellos, blancos, como la nieve, están.  
De un gran dolor el sello marcó la frente mustia  
Y son sus ojos turbios espejos que empañaron  
Los años, y que, ha tiempos, las formas reflejaron  
De cosas y de seres que nunca volverán.*

*Los de Roque, alfandoque  
¡Triqui, triqui, triqui, trán!*

*Mañana cuando duerma la Anciana, yerta y muda,  
Lejos del mundo vivo, bajo la oscura tierra,  
Donde otros, en la sombra, desde hace tiempo están  
Del nieto a la memoria, con grave son que encierra  
Todo el poema triste de la remota infancia  
Cruzando por las sombras del tiempo y la distancia  
¡De aquella voz querida las notas vibrarán!*

*Los de Rique, alfeñique  
¡Triqui, triqui, triqui, trán!*

*Y en tanto en las rodillas cansadas de la Abuela  
Con movimiento rítmico se balancea el niño  
Y ambos conmovidos y trémulos están,  
La Abuela se sonríe con maternal cariño  
Mas cruza por su espíritu como un temor extraño  
Por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño  
Los días ignorados del nieto guardarán.*

*¡Aserrín!  
¡Aserrán!*

*Los maderos de San Juan  
Piden queso, piden pan,*

*Los de Roque  
Alfandoque,  
Los de Rique  
Alfeñique*

*¡Triqui, triqui, triqui, trán!  
¡Triqui, triqui, triqui, trán!*

#### A VECES CUANDO EN ALTA NOCHE

*A veces, cuando en alta noche tranquila,  
Sobre las teclas vuela tu mano blanca,  
Como una mariposa sobre una lila  
Y al teclado sonoro notas arranca,  
Cruzando del espacio la negra sombra  
Filtran por la ventana rayos de luna,  
Que trazan luces largas sobre la alfombra,  
Y en alas de las notas a otros lugares,  
Vuelan mis pensamientos, cruzan los mares  
Y en gótico castillo donde en las piedras  
Musgosas por los siglos, crecen las yedras,  
Puestos de codos ambos en tu ventana  
Miramos en las sombras morir el día  
Y subir de los valles la noche umbría  
Y soy tu paje rubio, mi castellana,*

*Y cuando en los espacios la noche cierra,  
El fuego de tu estancia los muebles dora,  
Y los dos nos miramos y sonreímos  
¡Mientras que el viento afuera suspira y llora!  
.....  
¡Cómo tendéis las alas, ensueños vanos,  
Cuando sobre las teclas vuelan sus manos!*

POETA, DI PASO

*¡Poeta, di paso  
Los furtivos besos!...*

*¡La sombra! ¡Los recuerdos! La luna no vertía  
Allí ni un solo rayo... Temblabas y eras mía.  
Temblabas y eras mía bajo el follaje espeso,  
Una errante luciérnaga alumbró nuestro beso,  
El contacto furtivo de tus labios de seda...  
La selva negra y mística fue la alcoba sombría...  
En aquel sitio el musgo tiene olor de reseda...  
Filtró luz por las ramas cual si llegara el día,  
Entre las nieblas pálidas la luna aparecía...*

*¡Poeta, di paso  
Los íntimos besos!*

*¡Ah, de las noches dulces me acuerdo todavía!  
En señorial alcoba, do la tapicería  
Amortiguaba el ruido con sus hilos espesos  
Desnuda tú en mis brazos fueron míos tus besos;  
Tu cuerpo de veinte años entre la roja seda,  
Tus cabellos dorados y tu melancolía,  
Tus frescuras de virgen y tu olor de reseda...  
Apenas alumbraba la lámpara sombría  
Los desteñidos hilos de la tapicería.*

*¡Poeta, di paso  
El último beso!*

*¡Ah, de la noche trágica me acuerdo todavía!  
El ataúd heráldico en el salón yacía,  
Mi oído fatigado por vigiliás y excesos,  
Sintió como a distancia los monótonos rezos!  
Tú, mustia, yerta y pálida entre la negra seda,  
La llama de los cirios temblaba y se movía,  
Perfumaba la atmósfera un olor de reseda,  
Un crucifijo pálido los brazos extendía  
Y estaba helada y cárdena tu boca que fue mía!*

*Una noche,  
Una noche toda llena de perfumes, de murmullos y de músicas de alas,  
Una noche*

*En que ardian en la sombra nupcial y húmeda, las luciérnas fantásticas,  
A mi lado, lentamente, contra mí ceñida, toda,*

*Muda y pálida  
Como si un presentimiento de amarguras infinitas,  
Hasta el fondo más secreto de tus fibras te agitara,  
Por la senda que atraviesa la llanura florecida*

*Caminabas,  
Y la luna llena  
Por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz blanca,*

*Y tu sombra  
Fina y lánguida,  
Y mi sombra  
Por los rayos de la luna proyectada*

*Sobre las arenas tristes  
De la senda se juntaban*

*Y eran una  
Y eran una  
¡Y eran una sola sombra larga!  
¡Y eran una sola sombra larga!  
¡Y eran una sola sombra larga!*

*Esta noche  
Solo, el alma*

*Llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,  
Separado de ti misma, por la sombra, por el tiempo y la distancia,*

*Por el infinito negro,  
Donde nuestra voz no alcanza,  
Solo y mudo  
Por la senda caminaba,*

*Y se oían los ladridos de los perros a la luna,  
A la luna pálida  
Y el chillido  
De las ranas,*

*Sentí frío, era el frío que tenían en la alcoba,  
Tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,  
Entre las blancuras niveas  
De las mortuorias sábanas!*

*Era el frío del sepulcro, era el frío de la muerte,  
Era el frío de la nada...*

*Y mi sombra  
Por los rayos de la luna proyectada,*

*Iba sola  
Iba sola  
¡Iba sola por la estepa solitaria!*

*Y tu sombra esbelta y ágil  
Fina y lánguida,*

Como en esa noche tibia de la muerta primavera,  
Como en esa noche llena de perfumes, de murmullos y de músicas de alas,  
Se acercó y marchó con ella,  
Se acercó y marchó con ella,  
Se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras enlazadas!  
¡Oh las sombras que se buscan y se juntan en las noches de negruras y de  
[lágrimas!...

#### LA VOZ DE LAS COSAS

¡Si os encerrara yo en mis estrofas  
Frágiles cosas que sonreis  
Pálido lirio que te deshojas  
Rayo de luna sobre el tapiz  
De húmedas flores, y verdes hojas  
Que al tibio soplo de Mayo abris,  
Si os encerrara yo en mis estrofas.  
Pálidas cosas que sonreís!

¡Si aprisionaros pudiera el verso  
Fantasmas grises, cuando pasáis,  
móviles formas del Universo,  
Sueños confusos, seres que os vais,  
Osculo triste, suave y perverso  
Que entre las sombras al alma dáis,  
Si aprisionaros pudiera el verso  
Fantasmas grises cuando pasáis!

#### A R S

El verso es vaso santo; poned en él tan solo,  
Un pensamiento puro,  
En cuyo fondo bullan hirvientes las imágenes  
Como burbujas de oro de un viejo vino oscuro.  
Allí verted las flores que en la continua lucha,  
Ajó del mundo el frío,  
Recuerdos deliciosos de tiempos que no vuelven,  
Y nardos empapados en gotas de rocío.  
Para que la existencia mísera se embalsame  
Cual de una sencia ignota  
Quemándose en el fuego del alma enternecida,  
De aquel supremo bálsamo basta una sola gota!

#### VEJECES

Las cosas viejas, tristes, desteñidas,  
Sin voz y sin color, saben secretos  
De las épocas muertas, de las vidas  
Que ya nadie conserva en la memoria,

*Y a veces a los hombres, cuando inquietos  
Las miran y las palpan, con extrañas  
Voces de agonizante, dicen, paso,  
Casi al oído, alguna rara historia  
Que tiene oscuridad de telarañas,  
Son de laúd y suavidad de raso.*

*¡Colores de anticuada miniatura,  
Hoy, de algún mueble en el cajón, dormida;  
Cincelado puñal; carta borrosa,  
Tabla en que se deshace la pintura  
Por el tiempo y el polvo ennegrecida;*

*Histórico blasón, donde se pierde  
La divisa latina, presuntuosa,  
Medio borrada por el liquen verde;*

*Misales de las viejas sacristías;  
De otros siglos fantásticos espejos  
Que en el azogue de las lunas frías  
Guardáis de lo pasado los reflejos;*

*Arca, en un tiempo de ducados llena,  
Crucifijo que tanto moribundo,  
Humedeció con lágrimas de pena  
Y besó con amor grave y profundo;*

*Negro sillón de Córdoba; alacena  
Que guardaba un tesoro peregrino  
Y donde anida la polilla sola;*

*Sortija que adornaste el dedo fino  
De algún hidalgo de espadín y gola;*

*Mayúsculas del viejo pergamino;  
Batista tenue que a vainilla hueles;*

*Seda que te deshaces en la trama  
Confusa de los ricos brocateles;*

*Arpa olvidada que al sonar, te quejas;*

*Barrotes que formáis un monograma  
Incomprensible en las antiguas rejas,*

*El vulgo os huye, el soñador os ama  
Y en vuestra muda sociedad reclama  
Las confidencias de las cosas viejas!*

*El pasado perfuma los ensueños  
Con esencias fantásticas y añejas  
Y nos lleva a lugares halagüeños  
En épocas distantes y mejores;  
Por eso a los poetas soñadores,  
Les son dulces, gratisimas y caras,  
Las crónicas, historias y consejas,  
Las formas, los estilos, los colores,  
Las sugerencias místicas y raras  
Y los perfumes de las cosas viejas.*

## SERENATA

*La calle está desierta; la noche fría;  
Velada por las nubes pasa la luna;  
Arriba está cerrada la celosía,  
Y las notas vibrantes, una por una,  
Suenan cuando los dedos fuertes y ágiles,  
Mientras la voz que canta, ternuras narra,  
Hacen que vibren las cuerdas frágiles  
De la guitarra.*

*La calle está desierta; la noche fría;  
Una nube borrosa tapó la luna;  
Arriba está cerrada la celosía  
Y se apagan las notas una por una.  
Tal vez la serenata con su ruido  
Busca un alma de niña que ama y espera,  
Como buscan alares donde hacer nido  
Las golondrinas pardas en primavera.*

*La calle está desierta; la noche fría;  
En un espacio claro brilló la luna;  
Arriba ya está abierta la celosía  
Y se apagan las notas una por una.*

*El cantor con los dedos fuertes y ágiles  
De la vieja ventana se asió a la barra  
Y dan como un gemido las cuerdas frágiles  
De la guitarra.*

## DIA DE DIFUNTOS

*La luz vaga... opacó el día,  
La llovizna cae y moja  
Con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría.  
Por el aire tenebroso ignorada mano arroja  
Un oscuro velo opaco de letal melancolía,  
Y no hay nadie que, en lo íntimo, no se aquiete y se recoja  
Al mirar las nieblas grises de la atmósfera sombría,  
Y al oír en las alturas,  
Melancólicas y oscuras,  
Los acentos dejativos  
Y tristísimos e inciertos  
Con que suenan las campanas  
Las campanas plañideras que les hablan a los vivos  
¡De los muertos!  
Y hay algo angustioso e incierto  
Que mezcla a ese sonido su sonido  
E inarmónico vibra en el concierto  
Que alzan los bronces al tocar a muerto,*



*Por todos los que han sido!  
Es la voz de una campana  
Que va marcando la hora,  
Hoy lo mismo que mañana,  
Rítmica, igual y sonora,  
Una campana se queja,  
Y la otra campana llora,  
Esa tiene voz de vieja,  
Esta de niña que ora.*

*Las campanas más grandes, que dan un doble recio  
Suenan con un acento de místico desprecio,  
Mas la campana que da la hora,  
Ríe, no llora.*

*Tiene en su timbre seco sutiles ironías,  
Su voz parece que habla de goces, de alegrías,  
De placeres, de citas, de fiestas y de bailes,  
De las preocupaciones que llenan nuestros días,  
Es una voz del siglo entre un coro de frailes,  
Y con sus notas se ríe,  
Escéptica y burladora,  
De la campana que ruega,  
De la campana que implora  
Y de cuanto aquel coro conmemora,  
Y es porque con su retintín  
Ella midió el dolor humano  
Y marcó del dolor el fin;  
Por eso se ríe del grave esquilón  
Que suena allá arriba con fúnebre son,  
Por eso interrumpe los tristes conciertos  
Con que el bronce santo llora por los muertos...  
¡No la oigáis, oh bronces! no la oigáis, campanas,  
Que con la voz grave de ese clamoreo,  
Rogáis por los seres que duermen ahora  
Lejos de la vida libres del deseo  
Lejos de las rudas batallas humanas!  
¡Seguid en el aire vuestro bamboleo,  
No la oigáis, campanas!*

*¿Contra lo imposible qué puede el deseo?  
Allá arriba suena,  
Rítmica y serena,  
Esa voz de oro*

*Y sin que lo impidan sus graves hermanas  
Que rezan en coro,  
La campana del reló  
Suena, suena, suena ahora,  
Y dice que ella marcó  
Con su vibración sonora  
De los olvidos la hora,  
Que después de la velada  
Que pasó cada difunto,  
En una sala enlutada*

*Y con la familia junto  
En dolorosa actitud  
Mientras la luz de los cirios  
Alumbraba el ataúd  
Y las coronas de lirios,  
Que después de la tristura  
De los gritos de dolor,  
De las frases de amargura,  
Del llanto desgarrador,  
Marcó ella misma el momento  
En que con la languidez  
Del luto huyó el pensamiento  
Del muerto, y el sentimiento...  
Seis meses más tarde o diez...  
Y hoy, día de muertos, ahora que flota,  
En las nieblas grises la melancolía,  
En que la llovizna cae, gota a gota,  
Y con sus tristezas los nervios embota,  
Y envuelve en un manto la ciudad sombría,  
Ella que ha medido la hora y el día  
En que a cada casa, lúgubre y vacía  
Tras del luto breve volvió la alegría;  
Ella que ha marcado la hora del baile  
En que al año justo, un vestido aéreo,  
Estrena la niña, cuya madre duerme  
Olvidada y sola, en el cementerio,  
Suena indiferente a la voz de fraile  
Del esquilón grave a su canto serio;  
Ella que ha medido la hora precisa,  
En que a cada boca, que el dolor sellaba,  
Como por encanto volvió la sonrisa,  
Esa precursora de la carcajada;  
Ella que ha marcado la hora en que el viudo  
Habló de suicidio y pidió el arsénico  
Cuando aun en la alcoba, recién perfumada,  
Flotaba el aroma del ácido fénico  
Y ha marcado luego la hora en que, mudo  
Por las emociones con que el goce agobia  
Para que lo unieran con sagrado nudo,  
A la misma iglesia fue con otra novia;  
Ella no comprende nada del misterio  
De aquellas quejumbres que pueblan el aire,  
Y lo ve en la vida todo jocosero  
Y sigue marcando con el mismo modo  
El mismo entusiasmo y el mismo desgairé  
La huida del tiempo que lo borra todo!*

*Y eso es lo angustioso y lo incierto  
Que flota en el sonido,  
Esa es la nota irónica que vibra en el concierto  
Que alzan los bronces al tocar a muerto.*

*Por todos los que han sido!*  
*Esa es la voz fina y sutil,*  
*De vibraciones de cristal,*  
*Que con acento juvenil*  
*Indiferente al bien y al mal,*  
*Mide lo mismo la hora vil,*  
*Que la sublime o la fatal*  
*Y resuena en las alturas,*  
*Melancólicas y oscuras,*  
*Sin tener en su tañido*  
*Claro, rítmico y sonoro,*  
*Los acentos dejativos*  
*Y tristísimos e inciertos*  
*De aquel misterioso coro,*  
*Con que ruegan las campanas, las campanas,*  
*Las campanas plañideras*  
*Que les hablan a los vivos*  
*¡De los muertos!*

#### LA RESPUESTA DE LA TIERRA

*Era un poeta lírico, grandioso y sibilino*  
*que le hablaba a la tierra una tarde de invierno,*  
*frente a una posada y al volver de un camino:*  
*—¡Oh madre, oh Tierra!— díjole, —en tu girar eterno*  
*nuestra existencia efímera tal parece que ignoras,*  
*Nosotros esperamos un cielo o un infierno,*  
*sufrimos o gozamos, en nuestras breves horas,*  
*e indiferente y muda, tú, madre sin entrañas,*  
*de acuerdo con los hombres no sufres y no lloras.*  
*¿No sabes el secreto misterioso que entrañas?*  
*¿Por qué las noches negras, las diáfanas auroras?*  
*Las sombras vagorosas y tenues de unas cañas*  
*que se reflejan lívidas en los estanques yertos,*  
*¿no son como conciencias fantásticas y extrañas*  
*que les copian sus vidas en espejos inciertos?*  
*¿Qué somos? ¿A do vamos? ¿Por qué hasta aquí vinimos?*  
*¿Conocen los secretos del más allá los muertos?*  
*¿Por qué la vida inútil y triste recibimos?*  
*¿Hay un oasis húmedo después de estos desiertos?*  
*¿Por qué nacemos, madre, dime, por qué morimos?*  
*¿Por qué?— Mi angustia sacia y a mi ansiedad contesta.*  
*Yo, sacerdote, tuyo, arrodillado y trémulo,*  
*en estas soledades aguardo la respuesta.*

*La Tierra, como siempre, displicente y callada,*  
*al gran poeta lírico no le contestó nada.*

## CAPSULAS

*El pobre Juan de Dios, tras de los éxtasis  
del amor de Aniceta, fue infeliz.*

*Pasó tres meses de amarguras graves,  
y, tras lento sufrir,  
se curó con copaiba y con las cápsulas  
De Sándalo Midy.*

*Enamorado luego de la histérica Luisa,  
rubia sentimental*

*se enflaqueció, se fue poniendo tísico  
y al año y medio o más  
se curó con bromuro, y con las cápsulas  
de éter de Clertán.*

*Luego, desencantado de la vida,  
filósofo sutil,  
a Leopardi leyó, y a Schopenhauer  
y en un rato de spleen,  
se curó para siempre con las cápsulas  
de plomo de un fusil.*

## NOCTURNO

*Oh dulce niña pálida, que como un montón de oro  
de tu inocencia cándida conservas el tesoro;  
a quien los más audaces, en locos devaneos,  
jamás se han acercado con carnales deseos;  
tú, que adivinar dejás inocencias extrañas  
en tus ojos velados por sedosas pestañas,  
y en cuyos dulces labios —abiertos solo al rezo,  
jamás se habrá posado ni la sombra de un beso...  
Dime quedo, en secreto, al oído, muy paso,  
con esa voz que tiene suavidades de raso:  
si entrevieras dormida a aquel con quien tú sueñas,  
tras las horas de baile rápidas y risueñas,  
y sintieras sus labios anidarse en tu boca  
y recorrer tu cuerpo, y en su lascivia loca  
besar todos sus pliegues de tibio aroma llenos  
y las rígidas puntas rosadas de tus senos;  
si en los locos, ardientes y profundos abrazos  
agonizar soñarás de placer en sus brazos,  
por aquel de quien eres todas las alegrías,  
¡oh dulce niña pálida!, di, ¿te despertarías?*